

Pedro Selva

La novela y el cuento



la pregunta: ¿en qué difieren la novela y el cuento? contestar que en el largo de una y otro, parece, a primera vista, una contestación sarcástica, como las que daba Unamuno cuando quería incomodar a las que utiliza, paradójicamente, don José Ortega.

Sin embargo, la razón íntima y última no dista mucho de esa réplica.

Sólo hace falta ir adentro y desentrañar su contenido para ver de dónde provienen, a qué consecuencias llevan esas diferencias de extensión. Entonces encontraremos, a más de una respuesta a lo que se preguntaba en la superficie, una explicación de lo que, en el fondo, se inquiría, o sea, las diferentes reglas y procedimiento técnico a que la novela y el cuento deben sujetarse— o no sujetarse— para ser, en verdad, tales cuentos y tales novelas.

El origen histórico de éstas y aquéllos dará mucha luz.

El cuento es inmemorial, ha existido siempre, desde que el hombre tiene palabra. Casi no se concibe a un ser razonable que no se siente una noche junto al fuego para contarles a sus amigos, sus hijos o su mujer un buen cuento, una historia breve y curiosa que los demás escuchan silenciosos. «Que los demás escuchan...» Atención: el cuento, el verdadero cuento, el original y primitivo, supone un auditorio, evoca inmediatamente la imagen de una serie de personas sentadas, escuchando.

Esto tiene mucha importancia.

Esas personas, aunque cómodamente sentados y con vivo interés por la narración, no pueden oír al narrador sino durante cierto tiempo. La misma sultana de «Mil y una Noches» necesitaba interrumpirse. Las fuerzas del hombre, aun estimulado por el placer, reconocen límites.

Ahora bien, la limitación exige síntesis. Si realmente hay algo que contar, que comunicar, preciso será aprovechar el tiempo y no andarse con digresiones a diestra y siniestra. La síntesis, a su turno, exige unidad, concentración del efecto máximo en el final. De otra manera, el auditorio encontrará que el tiro no ha dado en el blanco, que el trago resultó desabrido, que la explosión aguardada no se produjo y, en suma, que se malogró la intención propuesta.

Por eso, lo primero que debe saber un buen cuentista es lo último que dirá y, al escribir la frase inicial, necesita tener presente la postrera.

Entre esa primera frase o primera palabra y esa palabra y esa frase finales, todas las palabras y todas las frases, todas las imágenes, todos los detalles deben concurrir a formar y reforzar el efecto que se persigue con el desenlace. El cuento no gira, como las ruedas, apoyado en un eje horizontal: baila, como el trompo, sobre un agudo vértice, mientras más agudo, más rápido, más penetrante, ágil y gracioso.

Conviene que el final sea inesperado. Cuando en un cuento se llega a una solución de antemano prevista, uno halla que ha perdido su tiempo, que no valía la pena leer para saber lo que ya se sabía. Recuerdo que me mandaron una vez un cuento llamado: «La pobre muchachita», o cosa semejante. He ahí un error, desde el título, ¿Para qué darse el trabajo de leer cuando, pase lo que pase, la «pobre muchachita» necesitará, por razones técnicas, imperiosas, ser «una pobre muchachita» y sufrir percances desdichados? La única esperanza es que se trate de un cuento irónico; pero, en general, los autores de cuentos no hacen ironía con las pobres muchachitas: hacen más bien, sentimentalismo.

La sorpresa última no excluye, por cierto, sino impone, cierta arquitectura, muy variable, muy flexible, pero que no puede faltar, con su principio, su medio y su fin. O, si se prefiere una metafórica, orgánica, sus pies, su tronco y su cabeza. Sólo así el cuento puede cobrar las propiedades de un ser viviente y caminar.

Tratadistas rigurosos, poco analíticos, han querido

imponer estas mismas condiciones al género novelesco.

Error, considerable error.

La novela, tal como la conocemos, la gran novela —pongamos del Quijote a Tomás Mann— tiene otro origen, responde a otro objeto, llena necesidades distintas, supone un medio diferente y, lógicamente, obedece a reglas diversas.

Aun, casi podría decirse que no obedece a ninguna.

La novela es hija de la imprenta. Aparece y llega a la plenitud en un mundo más tranquilo, que empieza a cultivarse, en sociedades donde la lectura va difundándose y que permiten el gran lujo, el incalculable lujo de la vida interior, de la meditación recogida y el ensueño solitario, sin trastornos inminentes, sin demasiadas agitaciones.

La novela no supone auditorio.

No sufre, por tanto, limitación de tiempo ni de espacio. Una novela puede contar cien páginas, como el «Adolfo», o quinientas, como el «Quijote», o miles, como los volúmenes de Balzac y Marcel Proust. Siempre es una novela. Es que no se escucha relatar, sino que se lee en un libro propio, en un volumen que se ha sacado de un estante y que se deja sobre la mesa, para volver a tomarlo en el momento oportuno. Uno puede pasar un día, diez días, meses, leyendo novelas: recuerdo una temporada en una hacienda del sur: durante diez días, leí diez tomos de Juan Cristóbal. Había un lago sin límites al frente y había bosques inmensos detrás de las casas; y me habían dejado solo.

Pero todo eso resultaba pequeño, reducido, ante la inmensa libertad en que me sumergía el relato, ante la vida, la multitud de vidas evocadas libre y poderosamente por el novelista. Eso era vivir. Eso era navegar por la vida, hundirse en las aguas profundas y soñar.

Confieso que me gustan mucho las novelas.

Los cuentos son obras de arte. Los cuentos bien hechos, se entiende. Por ejemplo, los de Maupassant, en punto a perfección técnica, a procedimiento, a estilo, no los hay iguales en el mundo. Pero terminan. Terminan muy bien, es cierto, dan siempre al fin, no se sabe cómo, el pequeño toque o el gran golpe necesarios. Y la chispa salta y se enciende la luz. Pero ¡las novelas! Acabo de terminar «La Señora Parckington» de Bromfield, el novelista norteamericano más popularizado, probablemente, en estos últimos tiempos, debido a las traducciones argentinas. Conocía «Llegaron las Lluvias», gran máquina con escenario hindú, un poco pesada, pero respetable. Conocía «24 Horas» y «La Corriente Impetuosa»: insoportables. Y «Ana Bolton», la más entretenida, la más liviana, la más graciosa y bien hecha, llena de habilidad y trucos felices. «La Señora Parckington», según dicen, historia de la familia Vanderbilt, ofrece, al principio, algunas dificultades, no conquista desde las primeras páginas. Hay que pensar que la heroína de esta novela tiene ochenta y cuatro años, edad realmente curiosa para una heroína de novela. Poco a poco, no obstante, va seduciendo y entrándose por el ánimo. Uno se acos-

tumbra a ella. La señora Parckington recuerda su existencia y hace una serie de inmersiones en el pasado, después de las cuales, recobra su edad y sigue la lucha con sus hijas, sus nietas, sus bisnietas, sin contar los yernos, nueras, sobrinas, sobrinos. Es una vieja inmensamente rica e inmensamente enérgica, sabia, que ha destilado la esencia del sufrir, del amar, del comprender y no se cansa, sigue ayudando a éste, consolando a la otra, haciéndose la desentendida de las desvergüenzas de aquélla, pagando los robos del de más allá y sufriendo, roca incommovible, los embates y las peticiones de las personas amigas de hacer la caridad a costa ajena. La verdad es que la sociedad americana o neoyorquina de gran tono aparece en las páginas de Bromfield no menos corrompida que la aristocracia o la alta burguesía francesa a través de sus grandes novelistas y autores teatrales. La que no tiene amantes, se emborracha y la que no se emborracha se pone morfina o consume drogas heroicas, sin contar las que tienen amantes, se emborrachan y se colocan inyecciones todo a un tiempo. Uno piensa que la señora Parckington se morirá. Pero no. Parte de viaje, con una amiga a la cual quiere mucho y va animosa, encantada. ¡Gran viejal

Es, como se ve, un final que no finaliza nada; termina porque sí.

Pero no deja decepción, como ocurriría con un cuento.

Es que las novelas, más que obra de arte, son obras

de vida. Uno se acostumbró durante muchas páginas a la señora Parckington, a conversar con ella, a oírla. compadecerla o envidiarla, según las circunstancias. Cuando en la última página vi que salía de viaje, me sentí, de pronto, más solo y como desamparado, como si se hubieran ido de mi casa personas agradables, alojados inteligentes cuya existencia compartía.

Las novelas no necesitan principio, medio ni fin, para usar una frase manoseadísima, pero exacta, son «un trozo de vida», un pedazo de realidad. Su única condición consiste en ser vitales. No importan composición ni estilo, no importan las medidas, el tono, el desentono. Verdad, conocimiento, tener cosas que contar, saber distinguir a las personas y retratarlas con el rasgo justo, estar lleno de experiencias o fantasías que ansían comunicarse y comunicarlas: he ahí toda la ley y los profetas.

Me han dado un cuento del escritor nacional Gonzalo Drago «Una casa junto al río». Me pareció el tipo del cuento que no es cuento sino capítulo de novela. Muy interesante y con un fuerte don de simpatía: pero fragmentario: lo cual nada importaría si no hiciera esperar otra cosa y prometiera algo que no cumple.

Es la importancia de las definiciones, los géneros y los títulos: ponen al lector sobre la pista y le anuncian qué hallará. Una importancia bastante modesta como se ve. Sin embargo, si estas reflexiones en torno a la

novela y el cuento sirvieran a algún autor para no prometer lo que no cumplirá y a algún lector para no esperar siempre lo prometido, creería no haber perdido ni haber hecho perder a otros el tiempo...

San Francisco de Las Condes, junio de 1946.